

Hechos 2:38-39: El Mensaje de la Primera Predicación del Nuevo Pacto en la Sangre de Cristo

Por el Rev. Dr. R. Dean Anderson

Hechos 2:38-39 es un texto muy importante. Está situado al principio de la predicación del Evangelio en el Nuevo Testamento y con frecuencia se usa en defensa del bautismo de infantes. Ciertamente nos instruye en cuánto qué debiese ser la esencia de la predicación del Nuevo Testamento. Y sin embargo no debemos olvidar que este texto se halla en un cierto contexto. Es igualmente importante que no lo arranquemos de ese contexto.

El Mandamiento de Este Pacto

Cualquiera que no haya sido criado en las iglesias Reformadas puede que ya tenga preguntas. ¿Pacto? ¿Dónde encuentra la palabra *pacto* en este texto? En ninguna parte, es verdad. Pedro no utiliza la palabra *pacto*, y no obstante, el concepto de pacto está mucho más presente en lo que dice. Pero no debiese sorprendernos. No hacía mucho que los apóstoles estaban reclinados a la mesa con el Señor Jesús para celebrar la última Pascua. Jesús les había dicho: “Porque esto es mi sangre del nuevo pacto que va a ser derramada por muchos, para remisión de los pecados” (Mat. 26:28).

En la Biblia un pacto siempre viene acompañado de una promesa y un mandamiento. Piense en Abraham. Dios le dijo: “anda delante de mí y sé perfecto” (Gén. 17:1) – el mandamiento. Pero Él también dijo: “Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia... para ser tu Dios” (Gén. 17:7) – la promesa. Cuando Cristo en la Última Cena indicó que Su muerte inauguraría un nuevo pacto en Su sangre, también aclaró dónde había de hallarse la esencia de la promesa de Dios en aquel pacto. “Esta es la sangre de mi pacto... para remisión de los pecados.” Esa es la esencia de la promesa de Dios para nosotros, la salvación en la sangre de Cristo significa remisión de los pecados – y si nuestros pecados son perdonados, entonces somos reconciliados con Dios – así que Él ha llegado a ser nuestro Dios – justo como lo prometió a Abraham.

Ahora, ¿qué encontramos en nuestro texto? Pedro viene ante su audiencia tanto con un mandamiento como con una promesa: “¡Arrepentios!” – el mandamiento. ¿Y la promesa? Él menciona esto en el versículo 39: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos.” Lo que esta promesa contiene precisamente es lo que veremos un poco más tarde. Primero, pongamos un poco de atención al mandamiento.

“¡Arrepentios!”, dice Pedro. ¿A quienes les está hablando? A los judíos, judíos y prosélitos. Ellos eran la gente que se habían reunido aquí de todos los confines de la tierra para celebrar la fiesta de Pentecostés los unos con los otros. Mire una vez Hechos 2:5. “Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo.” Estas naciones se resumen en los versículos 10 y 11. Pero, ¿por qué se tenían que arrepentir los judíos? La acusación que Pedro señaló contra ellos era tan clara como el cristal. En el versículo 36 habla de “este Jesús a quien vosotros crucificasteis.” Los judíos habían rechazado a Jesús, y no obstante, en esta fiesta de Pentecostés, ¿había evidencia de

que Él aún estaba vivo! Lenguas como de fuego habían descendido sobre los apóstoles, y todos habían escuchado la maravilla de los apóstoles hablando en lenguas (= idiomas). Este era el cumplimiento de la profecía de Joel.

Los judíos que estaban presentes, al menos 3,000 de ellos, estaban profundamente afligidos en sus corazones. Apenas se acababan de dar cuenta de que habían participado en la crucifixión del Hijo de Dios, el Señor Jesucristo – alguien que ahora estaba reinando desde Su trono en el cielo. ¡Este debió haber sido un momento muy aterrador para ellos! ¿Qué podían esperar ahora? Los salmos están llenos de declaraciones que muestran como el Mesías se vengaría de sus enemigos. Y Pedro no tuvo temor de referirse a tales salmos en su sermón. En los versículos 34-35 cita el Salmo 2...

Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: DIJO EL SEÑOR A MI SEÑOR: SIÉNTATE A MI DIESTRA, HASTA QUE PONGA A TUS ENEMIGOS POR ESTRADO DE TUS PIES.”

Estos judíos ahora se daban cuenta que se habían convertido en enemigos de Dios. ¿Qué pasaría ahora? “¿Qué debemos hacer para ser salvos?” le preguntan a Pedro. No es cualquier pecado el que han cometido.

Luego vienen las increíbles palabras de Pedro, palabras de consuelo, llenas de la gracia del Dios santo y todopoderoso a quien habían insultado. “Arrepentios, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados.” Sí, en el nombre de la persona a quien habían ayudado a matar,... en Su nombre Dios les otorgaría perdón de pecados. Hay un camino de regreso a Dios. La reconciliación con Dios es posible, a pesar de la medida de su pecado. Esa es la gracia de nuestro Dios. Aún aquellos que habían participado en la muerte de Jesús podían ser lavados de sus pecados en la sangre de Cristo. Dios no aprecia un tipo humano de venganza. Y eso es un gran consuelo para nosotros. Ningún pecado es tan grande que no pueda ser cubierto por la gracia de Dios y por la sangre del Señor Jesucristo. Pero hay una condición. El perdón no es repartido al azar. Dios es justo y espera arrepentimiento. Pero también aquello era un don de la gracia a oídos de los judíos. ¡Dios desea aceptar nuestro arrepentimiento! ¡Alabado sea Su nombre!

Pero, ¿qué es este arrepentimiento aquí en el texto? La primera cosa que debemos notar es que es algo que el hombre mismo debe hacer. Pedro da un mandamiento: “¡Arrepentios!” Literalmente esta palabra habla de una transformación de nuestro pensamiento. Nuestro pensamiento, nuestra perspectiva, debe darse vuelta. Para decirlo de manera resumida, significa que uno no se halla profundamente dolido por su pecado, sino también que tiene una nueva perspectiva y motivación para cambiar el curso de su vida. Ya no desea andar más en el sendero de este pecado, sino volverse y regresar como para mostrarle a Dios que realmente quiere vivir para Él y no continuar en su pecado. Cuenta de la misma manera para Dios en cuanto a nosotros. No es muy creíble si alguien continúa haciendo el mismo pecado y una y otra vez dice: “Perdóname, por favor.” Puede ser que estés apesadumbrado, pero eso no es lo mismo que arrepentimiento. El verdadero arrepentimiento o conversión quiere decir lucha, la lucha contra el pecado, una lucha que bajo la bendición del Señor debe ganar terreno, lentamente, pero con mucha seguridad. Note que no digo que uno en esta vida llegará a estar libre completamente de pecado. No. Pero el Señor pide de nosotros que honestamente nos dediquemos en esta batalla contra el

pecado. Si así lo hacemos Él promete mostrarnos, en el símbolo del bautismo, como nuestros pecados son lavados en la sangre de Cristo.

En el versículo 37 no se dice todo. Pedro no dice como el bautismo simboliza el perdón de pecados, ni qué precisamente tiene que ver la sangre de Jesús con este perdón. Conocemos las respuestas a estas preguntas por el resto del Nuevo Testamento. Y debemos suponer que Pedro también les explicó esto a los judíos. No es por nada que en el versículo 40 se nos dice que Pedro “con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba.”

Sin embargo, se nos dice que Pedro les habló de la promesa de Dios. V. 39: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos.”

La Promesa de Este Pacto

En este punto necesitamos enfocarnos detenidamente en lo que dice el texto. Hay muchos que declaran que esta promesa debe ser la promesa del Espíritu Santo. Y pudiera parecer, a primera vista, que así es. ¿Qué dice Pedro? “y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos.” Y sin embargo, está claro que no es la intención del apóstol decir que la promesa es este don especial del Espíritu Santo.

Para aclarar esto primero debo decir algo acerca de la recepción del don del Espíritu Santo. Luego volveré al asunto de qué es exactamente esta promesa en el versículo 39.

¿Cuál era este don del Espíritu Santo que Pedro prometió? Lo primero que necesitamos decir es que no puede ser la habitación del Espíritu Santo en el corazón de uno. Pues eso hubiera sido completamente el orden erróneo de las cosas. Arrepentios, bautícense... ¿y solamente entonces recibid el Espíritu Santo en sus corazones? Eso no puede ser correcto. Aprendemos muy claramente en el Nuevo Testamento que la verdadera fe, la verdadera conversión, es algo que el Espíritu Santo mismo opera en nuestros corazones. Si yo sé por mí mismo que realmente creo, entonces puedo concluir en que el Espíritu Santo está en mi corazón. Si me arrepiento de mi pecado, ¿entonces eso es evidencia de que ya tengo al Espíritu Santo! Pero Pedro no habla aquí de recibir al Espíritu Santo, sino de recibir el don del Espíritu Santo. En el contexto de Pentecostés no puede significar nada más que los dones especiales del Espíritu, especialmente la habilidad de hablar en lenguas. Eso es lo que se les había prometido a estos judíos y prosélitos si se arrepentían y permitían ser bautizados.

Ya habían visto este don especial en aquel primer día de Pentecostés, pero ninguno de ellos había recibido este don. No, habían escuchado a los apóstoles usar este don. Fue el grupo de apóstoles el que recibió primero el don de lenguas desde el cielo en Pentecostés. Nadie más. Todos aquellos judíos y prosélitos de todo el mundo escucharon a los apóstoles hablar en lenguas. Leemos en los versículos 6 al 8:

Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Y estaban atónitos y maravillados,

diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?

“Pero ahora,” dice Pedro, “si os arrepentís y permitís el ser bautizados para el perdón de vuestros pecados, también recibiréis el don especial del Espíritu Santo.” Sí, incluso podrían hablar en lenguas como prueba de la obra del Espíritu Santo en sus corazones. Pero, ¿cómo se produjo esto? Aprendemos esto más adelante en el libro de los Hechos. Tome, por ejemplo, el capítulo 8:14-19 que nos muestra como los apóstoles anduvieron otorgando el don del Espíritu Santo a otros imponiendo sus manos sobre las cabezas de los receptores. Lucas específicamente declara (v. 18):

“...por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo.”

Vea también el capítulo 19 donde el apóstol Pablo se cruza con varias personas que nunca habían sido bautizadas en el nombre de Jesús. Veamos como sucedieron las cosas:

Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Efeso, y hallando a ciertos discípulos, les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan. Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban.

Y esa es en verdad la manera como sucedió. “Arrepentios, háganse bautizar, y entonces recibirán el don especial del Espíritu Santo (por la imposición de las manos de los apóstoles).”

Pero, ¿cuál es entonces la gran promesa de la que habla Pedro en el versículo 39? Que Pedro no se puede estar refiriendo a la recepción del don especial del Espíritu está claro por el hecho de que esta promesa es para todos – incluso los descendientes que se hallan lejos. El don especial del Espíritu solamente podía ser distribuido por los apóstoles. Cuando murieron, el don especial del Espíritu se extinguió con ellos. Pero Pedro aclara, con sus propias palabras, que esto no es a lo que se refiere. Pues, aunque no está muy claro en la traducción, se refiere otra vez a las palabras del profeta Joel. La gran promesa es la promesa del profeta Joel, la promesa de salvación, Hechos 2:21...

Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

Καὶ ἔσται πᾶς ὃς ἂν ἐπικαλέσῃται τὸ ὄνομα κυρίου σωθήσεται

En la profecía de Joel 2:32 podemos leer el resto de ese versículo. Allí se lee:

Y todo aquel que invoque el nombre de Jehová se pondrá a salvo; porque en el monte de Sión y en Jerusalén habrá liberación, como ha dicho Jehová, y entre los supervivientes estarán los que Jehová llame.

καὶ ἔσται πᾶς ὃς ἂν ἐπικαλέσῃται τὸ ὄνομα κυρίου σωθήσεται ὅτι ἐν τῷ ὄρει Σιών καὶ ἐν Ἱερουσαλὴμ ἔσται ἀνασωζόμενος καθότι εἶπεν κύριος καὶ εὐαγγελιζόμενοι οὖς κύριος προσκέκληται

Está claro que para Joel la promesa tiene que ver con el tema de la salvación / liberación. Ahora, esas últimas palabras de Joel, “los que Jehová llame” son precisamente las palabras a las que Pedro se refiere como “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos... para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (ὕμῖν γὰρ ἐστὶν ἡ ἐπαγγελία καὶ τοῖς τέκνοις ὑμῶν καὶ πᾶσιν τοῖς εἰς μακρὰν, ὅσους ἂν προσκαλέσῃται κύριος ὁ θεὸς ἡμῶν). En el griego vemos a Pedro adaptando las palabras de Joel en su propia oración. Es desafortunado que esto no se indica en la mayoría de las traducciones. Pedro la traducción estándar griega del Antiguo Testamento, la Septuaginta. Y es esta promesa de salvación, proveniente de Joel, en la que está pensando aquí. Esto también concuerda con lo que acaba de decir: “Arrepentios, y bautícese cada uno en el nombre de Jesucristo para el perdón de vuestros pecados.” ¡El perdón de pecados es la esencia de nuestra salvación! Este es el gran tema de la amonestación de Pedro como lo confirma el versículo 40:

Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación.

ἐτέροις τε λόγοις πλείοσιν διεμαρτύρατο καὶ παρεκάλει αὐτοὺς λέγων, Σώθητε ἀπὸ τῆς γενεᾶς τῆς σκολιᾶς ταύτης

Pedro estaba preocupado por su salvación. Y Dios le da esta promesa no solamente a los judíos que estaban aquí presentes, sino también a sus hijos y a todos los que se hallan lejos. Hay perdón de pecados para todos.

Pero ahora nos enfrentamos a un importante problema. Pedro dice: “Arrepentios, y bautícese cada uno para el perdón de vuestros pecados.” ¡Pero la mayoría de nosotros ya fuimos bautizados cuando niños! ¿No se halla eso en contradicción con el orden que se nos presenta en este texto?

Nuestro texto dice, primero el mandamiento (“arrepentios”) y luego el símbolo de la promesa (el bautismo). Eso está claro. Pero el orden en nuestro texto no debiese parecernos extraño, pues Dios le había dado el mismo orden a Abraham. Abraham primero tenía que creer. Sólo entonces recibió el símbolo de la promesa, en su caso, la circuncisión. En Génesis 17 el Señor se acerca a Abraham con su pacto y la señal de la circuncisión. Pero años antes, en el capítulo 15, Dios había reconocido la fe de Abraham. Allí en el capítulo 15 Dios declara que la fe de Abraham le fue contada por justicia (15:6). En Rom. 4 el apóstol Pablo discute el significado de este hecho.

¿Cuál es mi punto? El orden, primero arrepentimiento, y luego ser bautizado, es el orden normal para la gente que es admitida en el pacto de Dios, tanto en el Antiguo como en el

Nuevo Testamento. Pero si usted ha sido admitido en el pacto de Dios y ha recibido la señal del pacto, entonces Dios les da esa misma promesa no solamente a usted sino también a sus hijos. Es muy significativo que Pedro también habla de la promesa de Dios de salvación de esta manera – y eso a un grupo de judíos. La promesa es para ellos y para sus hijos. Dios le ha dicho lo mismo a Abraham. Abraham sabía que, debido a eso, la señal o símbolo no solamente le fue dada a él como un adulto creyente, sino también a sus hijos. Todos los judíos que escuchaban a Pedro sabían la historia de los tratos de Dios con Abraham. La conexión entre la salvación para el creyente y la promesa, tanto para el creyente como para sus hijos, muy posiblemente no pudo ser pasada por alto.

Es verdad que esta conexión se implica solamente aquí en el contexto. Pedro no explica todo en nuestro texto, al menos no para nosotros. A los judíos les brindó mucha explicación adicional. Leemos acerca de eso en el versículo 40.¹ Y tenemos el resto del Nuevo Testamento para llenar los detalles para nosotros. Piense en Col. 2:11-12 donde Pablo nos instruye que el bautismo ha llegado para ocupar el lugar de la circuncisión.² Piense también en el resto del libro de los Hechos donde una y otra vez se nos dice que familias enteras eran bautizadas.³ La gracia de Dios no es solamente para los creyentes adultos, sino también para sus hijos. ¡Alábenle por esa gracia tan grande!

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org

¹ Que el pacto con Abraham formaba un aspecto crucial de la predicación de Pedro es algo que queda claro de Hechos 3:25.

² Col. 2:11-12, “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos.”

Vemos aquí que nosotros, como Cristianos, estamos espiritualmente circuncidados porque somos bautizados. Por esta razón somos llamados, de manera correcta, “la circuncisión,” ¡y no los judíos! (ver Fil. 3:2-3). Los cristianos son los judíos verdaderos, no aquellos que tienen sangre judía (ver Apoc. 2:9). ¿Cómo sucede eso? En Rom. 11:17-24 Pablo usa la imagen de una rama de olivo cultivado (la iglesia desde el principio.) Cuando los judíos no aceptaron al Señor Jesús como el Mesías, ellos (las ramas de este árbol) fueron cortados. Cuando los gentiles creyeron en el Señor Jesús fueron cortados del árbol de olivo silvestre e injertados en la iglesia y el pacto del Antiguo Testamento. Los judíos aún son circuncidados en la carne, pero eso debía ser una señal de la circuncisión del corazón, i.e., ¡la fe! ¡Esa fe nos ha sido dada! (para la circuncisión del corazón, ver Lev. 26:41; Deut. 10:16; 30:6; Jer. 4:4; 9:25-26; Rom. 2:28-29).

³ Cf. Hechos 16:15, 33; 18:8.